

Querernos unos a otros

Estamos en el momento de la última cena. Jesús, sentado a la mesa con sus amigos, acaba de lavarles los pies. Dentro de unas horas será arrestado, condenado a muerte y crucificado. Cuando el tiempo se acorta y la meta se acerca, se dicen las cosas más importantes: el «testamento». El Evangelio nos relata el lavatorio de los pies. Y a la luz de éste hay que entender el mandamiento nuevo. Jesús actúa primero y enseña después, y por eso su palabra es autorizada. El principio de amar al prójimo siempre ha estado presente, desde la antigüedad. Recordemos el «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» presente en el Levítico. Pero Jesús ilumina un aspecto nuevo de éste, la reciprocidad: es el amor mutuo lo que crea y distingue a la comunidad de sus seguidores.

También hoy, nuestras asociaciones y grupos pueden distinguirse de los demás precisamente por el amor recíproco que los anima. En un ambiente en que la reciprocidad es una realidad viva, experimentamos el sentido de nuestra existencia, encontramos la fuerza para seguir adelante en los momentos de dolor y de angustia, nos sentimos sostenidos en las inevitables dificultades y saboreamos la alegría.

Cada día nos enfrentamos a muchos desafíos: la pandemia, la polarización, la pobreza, los conflictos. Imaginemos por un instante lo que sucedería si consiguiésemos poner en práctica esta IDEA en el día a día: nos encontraríamos ante nuevas perspectivas, se abriría ante nuestros ojos el proyecto de la humanidad, motivo de esperanza. Pero ¿quién nos impide reavivar esta Vida en nosotros y reactivar a nuestro alrededor relaciones de fraternidad que se extiendan hasta llenar el mundo?

Marta es una joven voluntaria que ayuda a las personas detenidas a preparar los exámenes universitarios. *«La primera vez que entré en la cárcel me encontré con personas llenas de miedos y fragilidades. Intenté entablar una relación ante todo profesional y luego de amistad, basada en el respeto y la escucha. Pronto comprendí que no era yo la única que ayudaba a los presos, sino que también ellos me sostenían a mí. Una vez, mientras ayudaba a un estudiante para un examen, perdí a una persona de mi familia, y a él le confirmaron la condena en el tribunal de apelación. Los dos estábamos en muy malas condiciones. Durante la clase me daba cuenta de que él incubaba un gran dolor, que fue capaz de contarme. Llevar juntos el peso de aquel dolor nos ayudó a seguir adelante. Al final del examen vino a darme las gracias, y me dijo que sin mí no lo habría conseguido. Por un lado, yo había perdido a alguien de mi familia, pero por otro lado sentía que había salvado una vida. Comprendí que la reciprocidad permite crear relaciones verdaderas, de amistad y de respeto».*